



**ANTÓNIO
LOBO
ANTUNES**

Acerca de
los pájaros

Un hombre y una mujer deciden cambiar a última hora su viaje a Tomar para dirigirse a un hostel de Aveiro. Lo que ella no sabe es que la intención de su marido es abandonarla. Rui S., un hombre incapaz de tomar decisiones, decide así recuperar las riendas de su vida. A lo largo de los cuatro días en los que transcurre la acción, los dolorosos recuerdos de su primera esposa se confunden con perturbadoras imágenes y sarcásticas reflexiones acerca de la fracasada relación con su segunda mujer, una comunista comprometida. Sin embargo, un hecho inesperado frustra las intenciones del protagonista y convierte el viaje en un descenso a la obsesión que irremediablemente acaba en la muerte.

Acerca de los pájaros

António Lobo Antunes

*A Marília y Dinis Machado,
amigos y compañeros de camino*

JUEVES

—Un día de estos acabo en la playa, devorado por los peces como una ballena muerta —me dijo él en la calle de la clínica mirando los edificios desvaídos y tristes de Campolide, los monogramas de servilleta de los carteles luminosos apagados, los restos de purpurina de las felices fiestas de los escaparates, un perro que escarbaba, en la mañana de enero, el montón de basura de un edificio demolido: caliza, polvo, pedazos de madera, trozos de ladrillo sin alma. Venía a pie desde la avenida de los tranvías, oliendo las cajas de fruta de los ultramarinos con un apetito brumoso y ávido de gaviota, como cuando niño, al volver del colegio, husmeaba el aroma ácido de las droguerías o la penumbra marrón, color de sangre seca, de las tabernas, donde un ciego, con un vaso en la mano, lo seguía con las órbitas alarmantes e inmóviles de los políticos en los carteles, y pensó Me traen al hospital, empujan por mí el cerrojo de latón de la mampara (No se moleste, No se moleste, No se moleste), me obligan a esperar en la sala repleta de sillas de cuero con grandes tachas amarillas (sillas de velatorio, compruebo), una mesa con patas como sacacorchos, cortinas pesadas como eructos de juez y las visitas invisibles de mi funeral cuchicheando gravemente por los rincones, mientras ellos parlamentan en voz baja con criadas polvorientas que deben de limpiarse por la mañana a sí mismas con plumeros, retirando de los cajones de sus barrigas barajas de naipes antiguos y cajas de costura taraceadas. La muchacha delgaducha y fea de la centrali-

ta, en cuclillas detrás de un mostrador de farmacia como una lechuza en su gruta, dibujaba corazones absortos en un bloc: debía de haber ido dos veces seguidas al cine con el mismo funcionario de finanzas miope, que vivía en una habitación alquilada en la Penha de França y hacía cursos de inglés por correspondencia, inclinado ante un cuaderno con muñecos (*my garden, my uncle*) frente a una taza de café vacía. Le dije el nombre de la madre mientras la otra, con la lengua fuera, se esmeraba con un corazón enorme, idéntico a la etiqueta de los frascos de arenar metales de la época de la abuela: un batallón de criadas con uniforme gris frotaba con energía los picaportes del piso de abajo: Mantén las manos quietas, niño, si no me quejaré de ti ante tus hermanas. Olían a jabón azul y blanco, a azúcar amarillo y a pan de segunda, y por la noche unos primos soldados, con grandes dedos de piedra de campesinos o de pastores, iban a tocarles a hurtadillas el pecho en el portón del jardín.

–Tercera habitación a la derecha –informó la lechuza esbozando una flecha de cupido mediante una sonrisa lánguida de postal: las orejas del funcionario de finanzas debían de arder por encima de una suma de repente imposible, y él pasó por una especie de despensa donde dos enfermeras arrullaban, apoyadas en un armario, como una pareja de palomas en un alero: una de ellas comía un pastel, con la mano ahuecada para recoger las migas, y el sol de la ventana otorgaba a las batas almidonadas la al-bura sin pliegues de la tiza. Un tipo de mediana edad se cruzó con él observando una bolsa de orina que sujetaba a la altura de los ojos, como un alacrán muerto, con una curiosidad meditada. El olor a alcohol, a miedo y a esperanza de los hospitales avanzaba y retrocedía por el pasillo, idéntico al de un mar adormecido en el que flotasen los gemidos mudos de los enfermos, ahogados por los suspiros afligidos de la familia: No quiero a nadie aquí cuando me llegue la hora: ahuyentarlos con las cejas hacia

donde no los vea, a donde no llegue su insoportable amabilidad compungida, sus cuidados excesivos, las pupilas amarilleadas por su propio pánico a la muerte. Quedarme solo, con la nariz apuntando al techo, vaciarme lentamente de mí: cómo me llamo, el sitio en que nací, los años que tengo, los hijos grisáceos que proporcionan detalles en el pasillo.

–Buenos días, madre –dijo él y luego pensó Cómo has adelgazado, joder, al mirar los tendones del cuello, la frente demasiado pálida, las venas salientes de los brazos, los iris verdes clavados en la almohada, redondos, acechándolo, el sudor viscoso de la nariz. La alianza bailaba en el dedo: ¿Cuál de nosotros la quitará dentro de poco, la pondrá en el plato de cerámica de la cómoda de tu habitación, bajo el espejo, atiborrado de collares, de pendientes, de anillos? No tengo corbata negra para el entierro, solo la gris de punto de una Navidad antigua, del tiempo en que aún usaba chaqueta, se tomaba en serio, escribía interminables ensayos pésimos que nadie leería, erizados de conceptos prolijos, de teorías confusas, de aproximaciones absurdas. El dedo invisible del editor le rozó el brazo:

–Tal vez se pueda aprovechar algo de esos estudios.

–¿Cómo se siente? –preguntó con una voz derrotada, mientras observaba a su madre y pensaba Las lágrimas están ya al otro lado de tus ojos, se deslizan por dentro de la cabeza, hacia la garganta, con un ardor ácido de orujo.

–¿No te parece que tiene mejor aspecto? –preguntaron de súbito a su izquierda y él vio, sentada en el único sillón del cuarto, comprimido entre la cama y la ventana, a una prima lejana con un libro abierto sobre las rodillas: Seguro que eres la única persona de la familia dispuesta a acompañar a un moribundo. Pegados al cristal los edificios feos, desvaídos de las Amoreiras: ¿Aún estaría viva cuando le llegase su hora?

—Tiene mejor color —confirmé—, se la ve más llena. —Y a mí mismo, avergonzado: Disculpa, madre. Cuando yo era pequeño y estaba enfermo de gripe me traías la vieja radio Philips de padre a la habitación, y yo me quedaba escuchando los programas de discos pedidos sumido en el sopor tibio de la fiebre. Los Nuevos Emisores en Marcha. Cuando el Teléfono Suená. ¿Qué Quiere Escuchar? Piensa Qué castaño era tu pelo, qué firmes tus gestos, en ese tiempo. Nunca habrías dejado, imaginaba él, que nos pasase nada malo.

—¿Los niños? —dijo la madre desde la infinita distancia de dos metros. Había bombonas oxidadas de oxígeno en la cabecera, un aspirador de secreciones junto al lavabo, un ramo de flores en un jarrón de cristal tallado, sobre un tapete.

—Estupendos, madre, estupendos. Sin problemas.

—Siempre que voy a buscarlos al colegio preguntan por usted. —Y lo asaltó la certidumbre de que la madre se había dado cuenta de la pausa, del segundo de espera, de la mentira. Subían de repente al coche, empujándose el uno al otro, como perritos, para darle un beso. La portera del colegio, gorda, con cara de topo, sonreía, en la *boutique* de al lado una mujer alta y pelirroja acariciaba con sus largas uñas encarnadas un frasco alargado de perfume: Qué caliente me pones.

—¿Adónde queréis ir a almorzar?

—Al Ponei.

—A la Tasca.

Pero la mujer pelirroja fue hasta la puerta y la ternura se le disolvió en un instante en el furioso deseo de aquel rostro de porcelana, con la falda ceñida que le aprisionaba el abanico de carne espesa de los muslos. A través de los años, el compañero de pupitre del instituto le susurró al oído:

—Es lo que ellas quieren, chaval: te agarras al colchón, aprietas los dientes, y hacia atrás y hacia delante, hacia

atrás y hacia delante, ¿entiendes?, hasta que los cuadros se tuerzan en la pared.

–Deben de estar muy grandes –afirmó la prima desde el fondo de la silla, sacando la labor de punto de una bolsa de plástico. La respiración de la madre se había convertido en un silbido costoso, bajo, imperceptible. Las falanges, azules, se movían despacio en la manta con reptaciones de insecto.

–Voy esta tarde a Tomar, madre, al congreso, y vuelvo el domingo a la hora de cenar. No se le ocurra enamorarse de ese habilidoso médico hindú en estos tres días: no quiero vacas sagradas en la familia.

Qué falta de humor, chico, no te sale ni un chiste decente, se recriminó él, bromas pesadas como las gotas de plomo de las bañeras del insomnio, naderías necias de revista: necesito reciclarme urgentemente con el *Charlie Hebdo*. La prima separaba cuidadosamente los ovillos en su regazo:

–Son tan simpáticos los hindúes, tan delicados. ¿Te has fijado, Fernanda, en su bigote?

–Tremendas metástasis pulmonares –informó el médico–, un derrame monstruoso en la pleura. –(Parecía referirse a las anginas de un esquimal que ninguno de ellos conocía.)–. Lo mejor es irse preparando para lo que venga.

Mostraba radiografías, exhibía análisis, daba explicaciones solemnes. La perfección del nudo de la corbata me irritaba sobremanera: desabrocharle el cuello de un tirón, arrugar el excesivo cuidado de la camisa: mi madre va a morir y este cabrón como si nada.

Los ojos verdes lo miraban despiadadamente desde la almohada.

–¿Ya ha salido tu manual? –susurró ella a duras penas.

Un carrito con esparadrapos dobló el pasillo chirriando, entrechocándose como cántaros de leche los botes cromados, llenos del silencio blanduzco de las compresas.

Desde la habitación vecina crecía una quejumbre rítmica, la ondulación de un gemido, una protesta de mujer que subía y bajaba: Tápenme la boca para no gritar. Respondió a disgusto:

—Aún no, madre, un montón de pegas en la imprenta, las pruebas llenas de erratas —pensando Ya se me echarán encima los cínicos de los críticos con su insidia de impotentes, las reseñas minúsculas, anónimas, secas, sin foto, en los periódicos de la tarde. Cuando comience a pudrirme me considerarán primordial, me harán entrevistas, disertarán sobre mí, me seleccionarán para los aburridos cementerios de sus antologías. Dio un paso adelante, acarició la mano de la madre: porosa, sin sangre, leve y dura como las raíces huecas de las viñas.

—A la gente ya no le gusta la historia, la poesía —suspira la prima por detrás de las agujas de punto, confeccionando un horrible suéter tornasol, a rombos, que nadie se pondría (Muchas gracias pero ahora no me hace falta, creo que a Francisco le encantaba.)—. No le gustan las novelas sin escándalos, sin palabrotas, sin sexo: cuantas más guarrerías, mejor.

El olor de los sanatorios, pensó él, me causa un peso en la frente, un malestar, un dolor extraño: cuando me operaron la espalda vi mi pus en un cubo y me vinieron ganas de vomitar entre arcadas, boca abajo en la camilla, el interior de las tripas. El cirujano conversaba con el ayudante mientras removía el relleno de su cuerpo, y él reparaba en las botas de tela idénticas a las de los burros falsos, formados por dos comparsas, en el circo. Una niña con falda de lentejuelas y sombrilla paseaba en un alambre altísimo, iluminada por un foco morado y amarillo. En las gradas desiertas, un payaso rico, con la boca roja, ensayaba con el saxofón.

—¿Y padre? —preguntó él, y las palabras vibraron mucho tiempo, delante de los labios, como una escala de música.

El progenitor, con levita y los párpados subrayados con carbón, avanzó hasta el micrófono con meneos menudos de maestro de ceremonias. Un cono de claridad azul, venido del techo, lo perseguía:

–Sobran las palabras –anunció alisándose las hebras de la calva entre los silbidos gangosos de los altavoces–. Es un artista portugués.

–Mucho trabajo en la oficina –explicó la madre–. Luego pasará por aquí.

–Su secretaria ya ha telefoneado tres veces –aclaró la prima–, ha mandado esas flores envueltas en celofán con una cinta rosada a la altura de los tallos.

El jarrón de cristal tallado aumentó súbitamente de tamaño: el padre extendió la mano hacia una cortina sobada y él y las hermanas salieron de allí dentro corriendo, vestidos de tártaros, en un torbellino de piruetas y de saltos.

–Quietos –ordenó el padre–, estoy leyendo el periódico.

La calva severa, la cara sombría, el olor a agua de colonia y a tabaco americano de la ropa: y después, de tiempo en tiempo, los viajes de negocios cuyo motivo tardé años en entender, madre encerrada en la habitación, tumbada en la cama (Una jaqueca, no es nada, ya voy a cenar), las visitas al psiquiatra, el yoga, la macrobiótica, los juegos de naipes, la gimnasia. Y mis ojos mudos interrogándote a tu espalda ¿Por qué no vuelves más temprano a casa?

–Tal vez pase luego por aquí –suspiró la madre–, tal vez pase luego por cualquier parte.

La enfermedad le había limado las aristas de la voz, la había vuelto dulce, suave, delicada como el canto de una caracola: *Mozart, la mer ou l'écho de vos rêves*: anuncio de una marca cualquiera de tocadiscos franceses, leído en una revista en la clínica dental. Se acercó a la ventana, miró hacia fuera: una mujer con delantal desplumaba una gallina en la calle (la cabeza del animal, colgante, oscilaba

al ritmo sin ritmo de sus tirones), dos perros, asentados sobre las patas traseras, la contemplaban de lejos con una avidez sumisa. Los edificios de las Amoreiras flotaban, desgobernados y feos, en la neblina: ciudad de mierda, ¿por qué no me largo ahora que estoy a tiempo?

–La comidita –gritó una criatura jovial, sosteniendo una bandeja metálica: sopa de gallina, merluza cocida con grelos, una pera, un plato puesto del revés para proteger el vaso de agua. Las hermanas desaparecieron con una piñeta postrera, el padre probó el micrófono con la uña:

–Comida de enfermos –vociferó ante un público de primas lejanas, que tejía instalado alrededor en los asientos de madera–. Cuidado, Fernanda, no se arriesgue. Solicitamos a la estimada asistencia el máximo silencio durante el peligroso almuerzo.

La criatura jovial comenzó a subir con la manivela la cabecera de la cama, como los tipos de uniforme azul que estiran la mesa alemana para los ejercicios de salto. El lazo, tieso por el almidón, del delantal, le vibraba en el culo a la manera de un ala de mariposa aprisionada.

–¿Quién se va a comer toda la comidita, quién? –preguntó ella con el tono irritablemente gracioso de una maestra de niños–. Sopita, merlucita, perita, qué delicia, la capsulita primero y el comprimido después, ya está.

–Alehop –gritó triunfalmente el padre con un molinete del brazo.

–Tus hermanas también han telefoneado –dijo la madre quitando cuidadosamente las espinas en forma de aspa, muy blancas, de la merluza–. Esta noche, con todo el mundo que ha dicho que vendría, la habitación se va a convertir en una sociedad recreativa en martes de carnaval: me voy a divertir un montón.

Una orquesta de parientes entrados en años, con una chaqueta con lengüetas plateadas, tocaba un bolero lento junto al lavabo, con la expresión impasible o vagamente aburrida de los músicos de bar. A la luz velada de la lám-

para con volantes, llena de manchas, de la mesilla de noche, las enfermeras, los médicos, los tíos graves conversaban bajito, masticaban croquetas clavadas con palitos, se acercaban y se alejaban, al azar, con los rostros pálidos y lunares. El médico hindú bailaba con la prima del punto con un recato digno de balneario, cuando apartan las mesas del comedor para lúgubres veladas de violonchelos tristes.

—Quietos —repitió el padre—, estoy leyendo el periódico.

La madre sonrió inesperadamente: la infancia se le escurrió, lenta, a lo largo de la boca, como el agua en un desnivel de tablas:

—No te preocupes —dijo ella—, aquí se ocupan tan bien de mí.

Él salía de casa con la maleta llena de etiquetas de hoteles extranjeros y tú te quedabas sola, minúscula en un rincón de la cama enorme, leyendo gruesos libros ingleses incomprensibles, novelas, historias de guerra, un hombre y una mujer besándose sin vergüenza en la tapa. Volvía tres, cuatro días después, quemado por el sol, con un resto de luz extraña en las pupilas absortas. Yo iba a verlo afeitarse por la mañana, con pantalones de pijama y el torso desnudo, fascinado por el brillo de la navaja. Usaba Fijador Azevichex El Producto Favorito del Hombre de Éxito, y hacía gárgaras impetuosamente, con la nariz empinada, contra la caries, la piorrea y el mal aliento: Cuando sea mayor haré callar a todo el mundo para leer el periódico. Los perros de las Amoreiras, frente a la clínica, husmeaban en la niebla las plumas de la gallina, un resto de sangre, el montículo gelatinoso y repelente de las tripas. La madre marcaba el libro con un billete de tranvía, apagaba la luz, y yo tenía la certidumbre de que sus ojos seguían abiertos en la oscuridad, resplandecientes y fijos como los de los muertos en los retratos. Un teléfono empezó a llorar como un niño en una mesita baja junto a él.

—Sí —respondió la prima que se apoderó velozmente del auricular como un elefante de su manojó de zanahorias—. Sí. Sí. No, ha pasado bien la noche, el médico la verá luego por la tarde. Si hubiese alguna alteración, yo te aviso.

El padre, la vaga culpabilidad del padre, la preocupación distraída del padre, la amante de la que solo conocía su voz ronca y densa, como si una lamparilla de alcohol le calentase permanentemente la garganta. Una vez al mes almorzaban juntos en un restaurante al lado de su oficina, sin hablar, comiendo silenciosamente con una turbación que se palpaba, que crecía. La calva inclinada hacia el plato relucía como una tetera. Las mejillas aumentaban y disminuían, elásticas, mientras masticaba, y me venían a la cabeza días lejanos de infancia, en la quinta (la sombra móvil de los árboles en el suelo, el olor seco de las hojas y de la tierra), y un hombre joven, delgado, alegre, cuyas carcajadas se esparcían por el sosiego de la tarde, trotando, conmigo a horcajadas, camino de casa. Piensa: Vamos a volver la película hacia atrás, a recomenzar. La prima tapa el micrófono con la mano:

—¿Quieres decirle algo a tu marido?

El cubierto de pescado se estremece sin responder, agarro el aparato:

—Padre.

Las sílabas llegan desde el otro lado, dentro de su oído, nítidas y precisas como los paisajes grabados a estilete en una placa de bronce:

—¿Cómo está ella?

El hombre joven, delgado y alegre, dio paso a un señor de edad que engordaba, apretando constantemente los escasos pelos contra las sienes:

—Mejor, padre, mejor. No se preocupe.

Sentado en tus hombros casi tocaba las ramas de los castaños con la cabeza, aureolado de luz a la manera de los santos de los milagros, mientras una eternidad de foto-

grafía me inmovilizaba la sonrisa que encuentro, tantos años después, en el espejo de la habitación, burlándose de mí con una mueca mordaz: cómo he crecido, caramba, cómo el pelo, a la vez, me empieza a faltar también: intento calcular de memoria la edad de padre en esa época (¿serías más joven que yo hoy?) y la voz le enreda las cuentas a través de los agujeritos de baquelita del teléfono:

–He oído decir que ibas a salir unos días.

Se distinguía el ruido de las máquinas de escribir de la oficina, gente inclinada ante las mesas, el desodorante de la secretaria transformando el espacio libre, salas, paredes, pasillos, en una enorme axila depilada y tibia: ¿Ya te la has tirado, viejo?

–¿Qué? –pregunta el padre.

–Nada, estaba diciendo que sigo viaje ahora mismo hacia Tomar. Un congreso sobre el siglo diecinueve, ya sabe cómo son estas cosas.

Mi hermana me contó que tenías otra casa con otros hijos, otro televisor, otros óleos, otra mesa de chaquete, otro bote de Fijador Azevichex El Producto Favorito del Hombre de Éxito, otro periódico. Escribir es una idiotez, ¿entiendes?, cuando no se gana el Nobel: deja la carrera.

Hubo una pausa y la voz del señor calvo respondió vacilante:

–Realmente con estos teléfonos no se entiende nada.

–No tiene importancia, sigo viaje ahora mismo hacia Tomar.

–Hum –refunfuñó el padre, desconfiado.

Y él le adivinaba los ojos oscuros, detrás de las gafas, calculando sin dar crédito: Tenía que mentirte, siempre tenía que mentirte, no soportabas que yo fuese diferente de ti, que emborrionase versos, que prefiriese ser profesor en un pésimo instituto de los suburbios, por un sueldo miserable, a trabajar en la empresa, compuesto, con corbata, como los otros de la tribu. A veces me consolaba pensar